

EL IX PREMIO «MENÉNDEZ Y PELAYO»

PREMIO «MENÉNDEZ Y PELAYO» A JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Laudatio pronunciada en el acto de entrega del IX Premio «Menéndez y Pelayo» al profesor José Luis Martínez. Santander, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, 10 de julio de 1995.

Excmo. y Magnífico Sr. Rector, Excmas. Autoridades, Sras. y Sres.:

El elogio de una personalidad ampliamente laureada resulta a la vez fácil y personalmente grato, pero obliga a incurrir en repetición. ¿Qué cabe decir que no se haya mencionado antes, a medida que nuestro homenajeador de hoy desgranaba un largo rosario de galardones?

En 1947, apenas cuatro años después de doctorarse, don José Luis Martínez obtuvo su primera distinción del gobierno francés a la que se sumaron paso a paso otras otorgadas por los gobiernos del Perú, Bélgica, Alemania, Italia, la propia Francia en un grado superior, sin que faltaran entre tanto las concedidas por instituciones académicas de su propio país y del extranjero. España no ha estado ajena a esta cadena de homenajes, desde su elección como miembro correspondiente de la Real Academia Española en 1960 hasta la concesión de la Gran Cruz del Mérito Civil y el Premio de Cultura Hispánica, ambos

de 1982. Muchos son, por lo tanto, los que, antes que nosotros, han sabido ver en don José Luis Martínez una de las grandes figuras intelectuales del México de nuestro tiempo y le han expresado su respeto.

Ni su persona, inclinada a la modestia, ni la índole erudita de su obra predisponían a estas expresivas muestras de admiración que suelen reservarse para quienes buscan el lucimiento. Hombre ante todo de biblioteca y poseedor de una de las colecciones de libros particulares más importantes de México en su género, estudioso incansable y escritor prolífico, cuya dedicación se ha traducido en una veintena larga de libros, don José Luis Martínez no se nos presenta sin embargo como autor de una sola veta, como ocurre con tantos que buscan la perfección en un solo campo.

Su inquietud y una vasta cultura le alejan del encasillamiento y le han llevado a peregrinar desde la literatura moderna mexicana y latinoamericana que cultivó por años hasta el estudio de autores mexicanos tempranos, como fueron Nezahualcóyotl, Bernardino de Sahagún y los cronistas de la Conquista. Este imprevisible retroceso hacia las fuentes de la cultura mexicana le puso en el camino de la historia, al punto que no cabe separar en él hoy el crítico de la literatura del consumado historiador.

Mis inclinaciones personales me llevan a insistir, si me lo permiten, sobre este punto más próximo a mis propios intereses. Dos obras, de naturaleza muy distinta entre sí, son aquellas sobre las que descansa su fama como historiador.

En *Pasajeros de Indias* el sujeto de la historia es colectivo: trata de la primera transmigración oceánica en gran escala de los tiempos modernos, una aventura que se ha prolongado con variaciones hasta nuestras días. En este libro, los individuos ceden ante el número, sus categorías e impulsos comunes, ceden también ante las condiciones materiales que los pusieron en marcha. Para escribir esta obra, José Luis Martínez tuvo que adentrarse en archivos poco frecuentados por él antes y necesitó recurrir a técnicas de investigación que no había empleado hasta entonces. La capacidad de reorientar su mente y sus instrumentos de análisis a una edad relativamente tardía en la que

se suelen esquivar las novedades, no sorprende a quienes conocemos cómo en su juventud abandonó los estudios de medicina por los de letras en cuanto tuvo claro hacia donde se orientaba su vocación. La plasticidad que demostró entonces admitía mudanzas ulteriores.

En la segunda de sus obras históricas mayores, José Luis Martínez aborda un género más tradicional, la biografía de un gran personaje histórico, el controvertido fundador del México moderno, Hernán Cortés. En más de 900 páginas de apretado texto, recrea a un individuo y junto a él a una época, no con el afán de zanjar la controversia, pretensión que sabe inútil y que ha quedado demostrada como tal por los libros o artículos que han seguido apareciendo tras la publicación del enjundioso trabajo de José Luis Martínez. El propósito perseguido y logrado en este libro era más bien reducir la base especulativa y restituir al hombre y a su tiempo en su sustento documental. *Hernán Cortés*, la obra, constituye un nuevo hito en un tema recurrente mientras México y España existan.

La plasticidad a la que me he referido hace un momento se manifiesta también en una dimensión que no he mencionado todavía. Sabio estudioso de biblioteca y de archivo —insisto—, nuestro homenajeador ha sabido compaginar esta vida que exige retraimiento con otra muy activa, que le ha llevado a desempeñar con éxito funciones ejecutivas al frente, por ejemplo, de la gran empresa editorial del mundo hispanohablante, el Fondo de Cultura Económica, en la Junta de Gobierno del Colegio de México o en múltiples instituciones académicas, entre las que destaca su largo mandato, desde 1980, como presidente de la prestigiosa Academia Mexicana de la Lengua.

No quiero seguir poniendo a prueba el recato de nuestro laureado y prefiero por ende callar. Puedo hacerlo además pues creo dejar plenamente establecido, aunque con palabras adrede escuetas, los altos merecimientos universalmente reconocidos que concurren en una figura tan rica y singular de un país con el que compartimos nuestra propia lengua, lengua a la que nuestro galardonado no ha dejado de añadir, mediante su actividad, investigación y prosa, un brillo renovado.

NICOLÁS SÁNCHEZ ALBORNOZ